

ses indicadas, existe ya un grupo considerable de hombres progresistas, que aman el perfeccionamiento humano, que protestan contra el candoroso *dogma divino, de origen primitivo*, y que cultivan la ciencia y la filosofía, con el fin noble y grandioso de traer sobre nuestro planeta el reinado del amor y de la sabiduría, en oposición á los *Fariseos y Saduceos modernos* que, con hipócritas, cobardes, interesados y bastardos fines, solo buscan en la ciencia el arlequinesco vestido de la vanidad, los abigarrados títulos, el brillo de oropel y las campanillas y cascaveles chillones con que imperan sobre los cándidos, sobre los fanáticos y sobre los ignorantes.

¡Atrás, pues, siempre renovados tipos de los Fariseos y Saduceos bíblicos!

¡Paso al progreso! Paso al amor y á la sabiduría!

## CARTAS FILOSÓFICAS.

PRIMERA SERIE

CARTA PRIMERA.

A D. JUAN VALERA. (\*)

Que el teísmo personal trascendente se ha hecho inaceptable á la conciencia moderna tanto en sí mismo como en sus consecuencias (moral heterónoma, teodicea, libre albedrío, etc.) es un punto expuesto suficientemente.

HARTMANN.

Muy estimado amigo mío:

Cuando tuve á vd. presente para remitirle mi libro "*El Perfeccionismo Absoluto*," siempre esperé que su reconocida ilustración le haría emitir un juicio que, ya en pro, ya en contra, me diera la medida del valor positivo que mis proposiciones pudieran encerrar. Más aún; creí, atendiendo al carácter serio y trascendental de mi obra, que vd. dejaría por un momento su brillante estilo humorístico, para formular un juicio serio; en

(\*) En el apéndice final se hallan las "Cartas Americanas" en las cuales el Sr. Valera hizo la crítica de mi sistema filosófico "*El Perfeccionismo Absoluto*."

ello hubiera perdido el aplauso de los que gustan saborear este género de lecturas, pero en cambio mucho habría ganado la gravedad reflexiva de sus conceptos.

Aunque en este último punto no ví coronadas mis esperanzas, sin embargo, vd. se ha dignado ocuparse de mi sistema filosófico, en varias de sus "Cartas Americanas" que publican "Las Novedades" de Nueva York, y por ello le estoy agradecido, en cuanto á que, por este medio, la sociedad humana podrá informarse de los conceptos que vd. y yo podamos comunicarle con relación á los grandes problemas filosóficos, que son y han sido siempre motivo de la mayor importancia para todos los hombres pensadores.

Cuando los diarios de esta capital nos dieron á conocer las cartas en las cuales hacía vd. la crítica de mi obra, por más que todos mis amigos creían encontrar en ellas solamente sarcasmos é ironía, yo en cambio, — quizás porque en este punto me conviniese, mejor que en cualquiera otro, manifestar mi optimismo — creí ver, aunque confundido lo serio y trascendental con lo satírico y jocoso, algo que me indicaba no estar vd. muy distante de mis proposiciones, á lo menos, en varias partes; y hasta me atrevo á creer que el punto principal que nos aparta para llegar á comunión de ideas, está constituido por el diverso modo que tenemos de juzgar á la causa creadora vd. y yo.

Parece que, — porque á esa causa yo no la admito ni personal, ni divina, ni fuera del Universo, y sí impersonal, natural é inmanente — deduce vd. que la niego; pues así se desprende de aquel párrafo en el cual dice: "Así como la bellota se quedará bellota y no llegará

á ser encina nunca si no le dan jugos la tierra, el agua y el aire, y luz y calor el sol, así también el caos se hubiera quedado caos, sin algo extraño que hubiera movido sus gérmenes."

Ese algo, pero no *extraño* al Universo, es el que yo he designado en mi sistema con el nombre de *Agente cósmico*, procurando ofrecer el concepto de un poder natural que, desde el estado de mayor simplicidad y de potencia latente, viene desplegando en progresión, siempre creciente, las energías que vemos manifiestas en las múltiples y variadisimas formas que nos ofrece el mundo objetivo. Energía que se manifiesta: ya en el desarrollo de la bellota, ya en el del huevo, ya en el del embrión humano, en cuyo ser, las energías intelectuales y efectivas se nos muestran como el elemento más exaltado de la unidad potencial que actúa en el Universo.

Usted dice, y en ello se hace eco de lo que muchas personas afirman, que lo mismo da llamar á la causa creadora Dios, que fuerza eterna, alma del mundo, agente cósmico, etc. En esta indiferencia está precisamente lo grave y trascendental del problema.

Jamás la humanidad podrá llegar á comunión grandiosa en el seno de la verdad, si se insiste en dar á la causa universal, de los universales efectos, un nombre con el cual vengan las ideas de personalidad y de sobrenaturales atributos. Entonces la imaginación, vagando siempre por el campo de las quimeras, abortará las más descomunales, caprichosas y arbitrarias concepciones. Con referencia á este punto ha dicho Volney, que si se traen á concurso á hombres de todas las religiones,

jamás llegarán á un avenimiento tratándose de sus creencias religiosas, puesto que carecerán de una base positiva que favorezca el común acuerdo; y que, tratándose del sol, todos convendrán en que es redondo.

En el nombre está encerrada la idea y si ese nombre entraña una concepción arbitraria, que carezca de dato positivo alguno para servir de común acuerdo entre los hombres, jamás éstos llegarán al concepto universal de una causa verdadera.

No sucederá así, si elegimos un nombre que, como el de *Agente cósmico*, ofrezca la idea de un poder al cual no le podremos dar otras propiedades que aquellas que estén dentro de la esfera de nuestra observación, proscribiendo todos aquellos atributos que la fantasía humana creó, engendrando el olimpo pagano, el cielo cristiano y el paraíso mahometano.

En la actualidad yo encuentro tan ilógico que al agente universal que mueve y vivifica á los mundos y á los seres, se le atribuya una personalidad, como ilógico y absurdo hubiera sido que en los tiempos primeros de la formación de nuestro planeta, por el simple hecho de que en la época secundaria, en el período *triásico* el *labyrinthodon* era el tipo animal de mayor perfección que presidía á la Naturaleza de aquella época, se hubiera dicho que la causa creadora no era otra cosa que un enorme y divino *labyrinthodon*.

Reflexione vd. que las premisas de una y otra conclusión son las mismas.

Todos aquellos que con reverente afán quieren conservar incólume la concepción mítica de la personalidad causal, se confunden y creen que es negar toda

causa universal el no reconocerla bajo el punto de vista tradicional, sin advertirse de los pobrisísimos títulos que trae la genealogía de la idea concerniente á la causa personal y divina; pues ella se deriva en línea recta de las primitivas concepciones fantásticas que abortara la razón niña y asustadiza de la humanidad naciente, que suponía mitos, tras del rayo, tras del huracán, tras del terremoto, tras de las ondas impetuosas del océano, y en suma, tras de todas las energías potenciales de la Naturaleza. En tales momentos fué cuando surgieron todas esas quimeras del poder divino, las cuales, persistentes aún en nuestros tiempos, bajo el concepto que ofrecen las creencias de los místicos, son el signo evidéntísimo de los lazos que nos unen todavía con la razón débil y aterrorizada de aquellos que establecieron los primitivos cultos del *fetichismo* y del *sabeismo*. Mas á medida que la razón humana ha ido progresando, alumbrada por la ciencia, los mitos han disminuido, dejando su puesto á las leyes naturales.

El hombre, explorando el mundo que habita, y del cual durante miles de siglos solo conoció reducidísima parte, llegó á descubrir nuevos continentes, escudriñó la tierra en todas direcciones, y solo encontró regiones naturales, no quedando sitio para lo divino. Después, con el auxilio de poderosos telescopios, su mirada penetró hasta las más apartadas regiones siderales, y ahí no encontró el cielo soñado por los místicos. Más tarde, por medio del espectroscopio, robó rayos de luz á los lejanísimos astros, y en el análisis espectral no encontró las huellas de lo divino, y sí elementos físicos constituyentes de aquellos apartados astros, los cuales

acusaban común origen con los de nuestro planeta.

Entonces, á medida que el hombre entraba á mayor conocimiento del Universo, comenzó á proscribir de su asustadiza razón el sentimiento candoroso de lo divino; mas como este sentimiento ha acompañado á la humanidad durante miríadas de generaciones, desde las primeras evoluciones de su humanización hasta los tiempos presentes, y como tal sentimiento fué engendrado á efecto de pánico terror, éste ofusca su mente y la sumerge en titánica lucha. Lucha en la cual la razón pugna por vencer el miedo avasallador, que le impide poner en ejercicio todo el vuelo de su libre pensamiento; y tan luego como éste comienza á funcionar, aparece la idea de una causa dentro de las leyes naturales.

La tendencia de la razón libre para inferir la existencia de una causa inmanente y no fuera de la sustancia, ha sido defendida desde los tiempos más antiguos; y en los modernos, Flammarión, Hartmann, Tiberghien y otros, sostienen lo mismo; pero, en mi concepto, sus proposiciones aún envuelven un fondo que es pernicioso para el progreso de la ciencia, y él está constituido por el atributo divino que á esa causa inmanente le atribuyen. Pues si hemos de ser rigurosos para combatir el sentimiento fanático, que por tantos siglos ha sido causa de las más monstruosas y quiméricas lucubraciones místicas, debemos cortar de raíz la causa que la origina, reconociendo que el último matiz del sentimiento terrorífico nacido entre los sacrificadores de humanas víctimas, radica, aunque atenuadísimo, en el metafísico, que guarda en su alma un sentimiento de *amorosísimo espanta*, hacia su divino monarca.

Un metafísico, y de los más avanzados, os dirá en sus escritos: que las leyes del Universo son inmutables, que sus efectos son por lo tanto ineludibles, y que las actuaciones de la unidad causal no tienen ni pueden tener acción circunscrita y modificada con relación á los actos de cada una de las individualidades humanas; pero no obstante esto, con frecuencia os lanzará estas ó parecidas frases:

*"La voluntad divina así lo quiso."*

*"Era necesario que se cumpliera la justicia omnipotente."*

*"El CASTIGO supremo se manifestó en tal hecho."*

*"Demos gracias al autor supremo por los beneficios que nos dispensa."*

Y, en suma, otras mil frases por el estilo, que no son otra cosa que la manifestación atenuada del sentimiento abyecto y terrorífico, que aconsejaba al hombre de las antiguas edades adular á los fantasmas divinos con holocaustos sangrientos; la diferencia solo está constituida por la matizada escala que ofrecen en sus dos extremos las creencias de los místicos.

El *místico bárbaro* empleaba la elocuencia de los sacrificios sangrientos, inspirándose para ello en los gustos crueles de sus bandidos monarcas; pues si aquellos reyes eran regocijados con la sangre de sus enemigos, deducía que así igualmente el *divino monarca imaginario*, sería regocijado con la humeante sangre de las víctimas que se le inmolaran.

El *místico metafísico*, inspirándose en el sentimiento de vanidad, tan exaltado en nuestra época, y que es, en cuanto á su carácter dominante, lo que el sentimien-

to cruel y feroz en las antiguas edades, formula frases de estampilla archi-aduladoras para agradar á su divino mito, á quien, no obstante atribuirle una legislación infalible y absoluta, le desliza supliquillas pidiéndole bienes maravillosos para sí, para propios y para extraños.

Se dirá que en esto no hay ningún mal, y yo digo que sí lo hay; porque se ultrajan los fueros de la razón, porque obrando así se obra sandia y estúpidamente, y lo sandio y lo estúpido es pernicioso para el adelantamiento de la humanidad.

Si persistimos en las quimeras del origen divino, si seguimos suponiendo que la causa del Universo no solo es admirable, sino que también sobrenatural y fantástica, entonces, reconozcamos que extraviando todos los puntos de partida que tenemos adquiridos en el terreno de lo natural, de lo real y positivo, nos quedaremos sumergidos en la abyección que, durante miríadas de centurias, evitó al hombre conocer el lugar positivo que el planeta terrestre ocupaba en lo infinito.

La humanidad á efecto del terror no podrá llegar á su edad viril, seguirá practicando una moral de mogigatería, y no alcanzará la sublime práctica de la moral verdadera, que tiene por fundamento: el amor y la sabiduría.

Si seguimos en la tarea de buscar los signos que hablen en demostración de una conciencia divina, solo encontraremos las fuerzas ciegas, rudas é inclementes de la Naturaleza, que protestan con la voz elocuente de los hechos, en contra de nuestras sandias lucubraciones.

Hace pocos días que leyendo el grandioso poema "La Pesca," del Sr. D. Gaspar Núñez de Arce, conmo-

vido ante la palpitante realidad del cuadro que describe, y que no constituye un hecho excepcional, y sí uno de los constantes dramas de que es víctima la augusta criatura humana, llamé en torno mío á aquellos de mis tiernos hijos en quienes la razón comienza á funcionar y, leyéndoles y explicándoles dicho poema, les dije:

Estos hechos que son constantes entre la familia humana, constituyen la demostración más elocuente para probar que no existe una conciencia divina. Y, en mi profunda emoción, agregué:

Yo creo que solo un cerebro atrofiado ó un corazón perverso puede cohonestar la existencia de *un poder consciente y divino*, con el lujo de crueldades que cometen las fuerzas inconscientes de la Naturaleza.

El problema filosófico que encierra ese poema del Sr. Núñez de Arce, solo tiene solución en las siguientes proposiciones:

No hay conciencia divina.

La potencia creadora, natural é inmanente, solo alcanza la conciencia en su elemento culminante, esto es, en el elemento humano. Conciencia que se forma y se perfecciona á efecto de las evoluciones progresivas del persistente espíritu.

A través del escepticismo de vd. se le advierte un encanto particular por las fantasías poéticas que crea la idea de lo sobrenatural; pero no creo que escape á su talento el que mi sistema abre anchísimo campo á las bellezas poéticas, tornándolas de lucubraciones quiméricas é ilógicas en concepciones que ya podrán hallar, como punto de apoyo, una base racional y científica.

¿Por qué no trocar lo que vd. sigue llamando *sobrenatural*, por la idea que ofrece la palabra *admirable*?

¿Por qué no admitir una grandiosidad sublime en el seno fecundo de la madre Naturaleza?

¿Por qué no reconocer á esta madre que pugna con afán constante y en progresión perfeccionadora por brindarnos sus positivos bienes?

Con ello justificaremos la no realización de maravillosos y súbitos bienes, puesto que esa madre nos da cuanto tiene y puede darnos. Pero si persistimos suponiendo á un padre riquísimo en bienes estupendamente maravillosos, y que no obstante esto nos regatea y hasta nos niega esos bienes, habremos de convenir en que es bien avaro con sus hijos, y tanto, que en ello no les va en zaga á los malos padres humanos y hasta á los mismísimos padrastrós.

Usted convendrá, amigo mío, en que mi sistema se halla colocado entre dos polos de extremadísima intransigencia, y que por lo mismo es muy difícil conquistar adeptos por ahora.

Estos dos polos están constituidos: el uno, por los metafísicos, quienes se manifiestan refractarios á todo sistema que no entrañe por base lo sobrenatural y divino; el otro, por los materialistas, quienes en su horror al mundo de las abstracciones metafísicas, sienten ya repugnancia por todo aquello que les parece se aparta de la observación y de la experimentación científica.

Mas si llego al fin que me he propuesto; si alcanzo que el metafísico reconozca que con mi sistema permanecen incólumes y aún afirmadas sus esperanzas de inmortalidad, que la bella poesía tendrá su renacimiento

en el campo de lo real y positivo, (esto va al agregio cantor de *La Duda*, á D. Gaspar Núñez de Arce); si reconocen, en fin, que en nada se vulneran sus esperanzas de un futuro grandioso para la humanidad; si todo esto reconocen por una parte los metafísicos, y por la otra los materialistas se penetran de que sus brillantes estudios experimentales, lejos de quedar invalidados, se ofrecen como elementos preciadísimos para emprender una observación y una experimentación de orden elevadísimo y de trascendental grandiosidad; entonces, quedarán coronados mis más ardientes deseos. Y mucho me hace esperar que estos deseos no sean vanos, la circunstancia de que vd. diga:

“La existencia de los cuerpos fluidos ó etéreos, en que se funda toda la doctrina de vd., me parece muy de acuerdo con la ciencia antigua y con la ciencia moderna.”

Y más adelante:

“En cuanto á la ciencia moderna, ya veo claro que se puede bien apoyar la afirmación de vd. en los *Principios de Biología*, tan celebrados, de Herbert Spencer.”

También afirman mis esperanzas los breves, pero altamente autorizados conceptos que un compatriota de vd., el ilustrado y erudito filósofo Sr. H. Giner de los Ríos, se sirvió comunicarme, diciendo que las bases de mi sistema eran propiamente fundamentales para la especulación filosófica.

Por otra parte, el sabio profesor de la facultad de Farmacia en la Universidad Central de Madrid, Sr. Rodríguez Carracido, se sirvió comunicarme las impresiones que la lectura de mi obra le había producido, mani-

festándome aceptación y agrado por lo correspondiente á la filosofía evolutiva; aplaudiéndome bondadosamente por mi rudo ataque en contra de lo sobrenatural; y, por lo que atañe á mi espiritualismo, dice:

“Aunque este difiere radicalmente de aquel espiritualismo escolástico que partiendo de tesis ontológicas aspiraba á determinar *á priori* la esencia y cualidades del espíritu, sin embargo, los que cultivamos las ciencias positivas, consagrados diariamente á la observación de fenómenos naturales, somos refractarios, por educación, á reconocer esas existencias suprasensibles.”

Y en seguida, con una sinceridad digna del mayor aplauso y que pone de manifiesto su verdadero talento, agrega:

“Quizá dependa esto de una deficiencia intelectual que nos torna exclusivistas por la continuidad de los hábitos experimentales.”

Yo admito como causa única el hábito y de ninguna manera la deficiencia intelectual, tratándose del Sr. Rodríguez Carracido.

Pero no he de terminar estas citas que tanto me honran, sin cerrarlas con una que, lo mismo que las anteriores, tiene para mí gran valor.

Nuestro ilustrado Ministro de Justicia é Instrucción Pública, Lic. D. Joaquín Baranda, al acusarme recibo del ejemplar de mi obra que le dediqué, dice:

“Me atrevo á anticipar la opinión de que las proposiciones de vd. han de influir necesariamente en la solución del problema que tiene preocupados á todos los hombres pensadores.”

Espero que los Sres. Giner, Carracido y Baranda me

perdonen esta indiscreción, pues su talento é ilustración les hará conocer que no defendiendo intereses propios, y sí los que son comunes á toda la familia humana.

Dando punto por hoy á esta carta que ya se ha hecho bien larga, quedo atento á todo lo que vd. se sirva decir aún con relación á mi libro.

Crea vd. en la estimación y aprecio que le tiene su amigo y servidor.